

¿Budô Esotérico?



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2015

Al otro lado del teléfono tenía a uno de mis mejores amigos, defendiendo que la verdadera naturaleza del Budô habría que encontrarla dentro del Esoterismo que éste encierra. El bagaje que suponían muchos de los elementos que conformaban ese aspecto de las Artes Marciales Tradicionales no podía considerarse obsoleto – sostenía él. Sus formas y fondos aún tenían recorrido en nuestra actualidad más inmediata –defendía mi interlocutor.

Expuse mis argumentos –algunos contrapuestos a los suyos- y, finalmente, nos despedimos como lo que siempre hemos sido: dos buenos amigos que comparten un trabajo y el Amor por el Budô.

Como tantas veces, conversar se convertía en la posibilidad de cristalizar ideas que viven dentro de uno mismo. Madurando nuestra tertulia, recordé que algunas de las razones que sostuve procedían de vestigios alejados, nombres propios, libros, viajes, experiencias, etc.

Hablé con el Padre Ferrer en dos ocasiones. La primera de ellas aquí, en Badajoz, con motivo de una Conferencia que organizara la Universidad de Extremadura. Me presenté allí junto a dos amigos y mi propio maestro, Sugawara Sensei, dispuestos, los cuatro, a participar en un auténtico proceso de *“Aprendizaje Interior”*.

Vicente Ferrer entró en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina y, con su voz suave y sus modales de caballero, llenó todo el auditorio. No hizo falta nada más para que el Silencio se hiciera eco en el corazón de todo aquel que, ávido de una *“experiencia verdadera”*, se hubiera acercado aquella mañana a escuchar a quien, ya en vida, era un hombre santo.

Después, el gran humanista fue desgranando de una en una todas las circunstancias que le conducían a viajar por el mundo sin tregua, concentrando sus ideas en una máxima: necesitaba ayuda inmediata para su Fundación; el tiempo apremiaba, el hambre y las necesidades de los campesinos, también.

Años más tarde, lo encontré en Anantapur, en el Estado de Andra Pradesh, una de las regiones más deprimidas del sur de la vieja India. En aquella ocasión tenía más de ochenta años, estaba muy delicado de salud, pero mantenía su carisma y una cercanía sin igual con colaboradores, vecinos y visitantes, que le hacía ser tan diferente a cualquier otro.

No desaproveché la oportunidad que me brindó el destino. Tuve la inmensa fortuna de estar a solas con él, hacerle partícipe de mis interrogantes y buscar en sus respuestas algunas verdades para aplicar a mi propia existencia.

Vicente Ferrer, cuya epopeya vital es bien conocida, optó en un momento de su vida por esa cualidad, tan humana, como es la acción comprometida, dejando a un lado otros aspectos que llenaron su vocación jesuítica durante más de cuarenta años, pudiendo haberlo hecho, de haber continuado siendo quien era, otros cuarenta años más.

Para él, todo quedaba relegado a un segundo estadio cuando se trataba de elegir

entre esos dos caminos que, ya en la mitad de su vida, se le antojaban antagónicos por falta de tiempo: trabajar para sí, o hacerlo para los más necesitados.

Optando por lo segundo abandonaba la posibilidad de ese “*encuentro personal*”, al que renunciaba desde aquel mismo instante de manera voluntaria, un encuentro con la “*experiencia espiritual*” que hubiera continuado pasando, inexorablemente, por el retiro, la meditación, la lectura, la reflexión de textos sagrados, la aceptación de unos votos o los dictados de su Orden.

En efecto, no habría operación retorno, ni tampoco plan B, su dedicación a la “*acción comprometida*” lo sería a tiempo completo, reduciendo, a una sola, todas las variables que le facilitaba la vida desde la óptica de la Iglesia: una Institución a la que había servido fielmente hasta entonces.

Sí, la expresión del Amor a través del trabajo con los más desfavorecidos, sería su única senda.

Como muchos amigos de juventud interesados en el Ocultismo y el Esoterismo, yo también había pasado por la lectura de Herman Hesse, Gibran Khalil, Blavatsky, Bessant y Steiner; Krishnamurti, Maharsi, Paul Branton o Mouni Sadhu; Eliphas Levi, Yeats, Crowley o Mario Roso de Luna; sin olvidar: el *vichara*, la contemplación, la meditación o el retiro.

Siempre a la zaga de ese “*conocimiento vedado*”, habíamos transitado las “*Escuelas de Misterios*” que a finales de los años setenta y primeros años ochenta del pasado siglo proliferaron en nuestro país, grupos ávidos del aperturismo que demandaba una sociedad hasta entonces encapsulada y constreñida: *Gnósticos, Rosacruces, Gran Fraternidad, Nueva Acrópolis*, etc.

Quienes estábamos interesados en ese mundo focalizábamos la voluntad en la lectura de otras fuentes de inspiración: *Kabbalah, Vedanta, Temple, Sufismo, Vieja Tradición Cristiana, Alquimia o Teosofía*, además de seguir las publicaciones mensuales entonces vigentes, que sostenían las revistas de esta línea temática: *Mundo Desconocido, Más Allá, Ser Uno Mismo*, etc.

Y, desde luego, aunque la información no era mucha, habíamos tenido presente la quintaesencia esotérica del viejo Bujutsu, esa parte de la Cultura de nuestro Arte que nos obligaba a estudiar las filosofías que acompañan el telón de fondo de sus tradiciones: *Mikkyo, Shugendo o Shingon*; unidas, cada cual, a sus respectivas prácticas: *Sutras, Mudras, Mantras, Shugyo, Mandalas*, etc.

Por mi parte, añadiría mis viajes por India, donde había sido espectador de algunas de las potencialidades que el ser humano alberga dentro de sí –amén de otros muchos episodios conducidos por auténticos farsantes– unas capacidades que los adeptos hinduistas conocen como *siddhis*, entre ellas: materializaciones, adivinación, proezas físicas, telepatías, etc.

Recordaría, también, experiencias vividas junto a los *sadhus* de Rishikesh, Gangotri o Gaumuck, o derivadas del encuentro con ascetas, aislados del mundo en las

llanuras de Topovan, en las últimas estribaciones del Himalaya indio; o quizá otras, junto a los anacoretas y ermitaños de Arunachala -la "Montaña Roja" de Tiruvannamalai- en el Estado de Tamil Nadu, donde me detuve para observar cómo gran parte de los principios esotéricos de las tradiciones del Budô y del Bujutsu citados se manifestaban, cotidianamente, en aquellas latitudes, tierras desde donde -según nos enseña la tradición- partieron en un tiempo ya lejano los primeros patriarcas de la fe budista e hinduista, para expandir el *dharma*, el *Gran Vehículo Mahayana* y el *Pequeño Vehículo Hinayama*: unas religiones que conformarían siglos más tarde buena parte de la estructura de las viejas Artes Marciales.

Muchos son los maestros de Aikidô, Kyudô o Iaidô -y, en menor proporción, de Karate-dô, Kendô, Kenjutsu o Jujutsu- que defienden la práctica de ciertas disciplinas derivadas del Budismo Esotérico - *Shingon*, de Kukai, o *Shugendo*, de En-no-gyoja- como de obligado cumplimiento para conocer la "Experiencia" profunda del Budô, poniendo énfasis, en los gestos manuales (*Mudras/Ketsu In/Kuji no In*), la expansión energética en forma de canto devocional (*Norito*), la expansión energética en forma de grito (*Kiaijutsu*), las danzas que buscan el éxtasis místico (*Gakura*), las disciplinas rigurosas y exhaustivas que utilizan los elementos naturales (*Shugyô*), la meditación (*Zazen*), la transmisión energética (*Do-in, Katsugen, Rei-ki*), la visualización (*Mandalas*), la recitación (*Mantra/Kototama*), etc.

¿De verdad eran estas prácticas tan determinantes para alcanzar un "Sentido" y el "Despertar de la Conciencia" dentro de "Uno Mismo" en el contexto de las Artes Marciales...? ¿Eran ellas, verdaderamente, la columna vertebral del Budô Tradicional, como muchas veces habíamos leído, escuchado, manifestado...? Me pregunté durante años.

A medida que el tiempo pasaba, mis opiniones al respecto iban volviéndose más y más escépticas, pues creo que el hecho de haber estado absolutamente inmerso en el estudio de una disciplina puede conducirnos a un cierto Relativismo y, ocasionalmente, al Nihilismo. No obstante puede alcanzarse un pequeño triunfo, abrazando aquel Sincretismo con el que el Padre Ferrer entendía su trabajo.

Sí. Opino que gran parte de las disciplinas esotéricas del Budô Clásico son atemporales, quedando descontextualizadas desde el momento en que la Ciencia empírica hizo su aparición con Galileo, Newton, Darwin, la Física Cuántica, las Neurociencias o la Psicología.

Como muchos otros, entiendo el estudio del Esoterismo del Budô desde una óptica Histórica y Antropológica, dedicándole el tiempo que merece por formar parte de su idiosincrasia pero, tendiendo a lo Esencial, definiendo que la dirección más acertada que puede tomar la enseñanza y práctica de un Arte Marcial pasa, inexcusablemente, por poner el acento en la Educación que este comporta. ¿Cómo, sino, los aspectos místicos y filosóficos -*In Yo Kigaku*- concebidos en pleno medievo japonés pueden tener cabida en la sociedad contemporánea...? ¿Cómo abordar tácticas y formas de estrategia -*Gunbaiho*- que pertenecen a un espacio-tiempo ya superado sino desde una investigación que nos aporta Cultura...? ¿Cómo

no comprender que el sentido de la autoprotección de los *mudras* lo es desde el viejo patrón de un Chamanismo, afortunadamente ya en desuso...? ¿Cómo no aceptar que la transmisión del *Ki* no es sino el intercambio de energía vital, un caudal que nos pertenece a todos por el simple hecho de estar vivos, imposible de convertir en moneda de cambio sujeta a un determinado ritual o ejercicio...?

Hay, no obstante, un elemento que, de no estar, anula todos y cada uno de los instrumentos, todas y cada una de las variables, todos y cada uno de los principios. Ese elemento es el Amor bien entendido. En él, como en el hecho sincrético de Vicente Ferrer, queremos invertir nuestro humilde talento y, también, nuestro más modesto genio.

Kenshinkan dôjô 2015